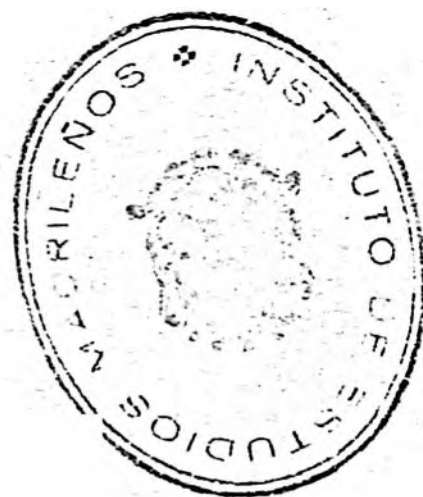


ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo I



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
MADRID, 1966

S U M A R I O

	<i>Páginas</i>
PRESENTACIÓN	5
EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Patronato. Junta Directiva	11
Miembros numerarios	12
Miembros honorarios y numerarios fallecidos	17
Actividades del Instituto durante 1965, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	19
Apuntes para una futura bibliografía del Instituto, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	25
SEMBLANZAS DE MADRILEÑISTAS	
Don Agustín González de Amezúa, por <i>Juana de José Prades</i>	41
Don Cayetano Alcázar Molina, por <i>José Cepeda Adán</i>	59
ESTUDIOS	
Algunos aspectos del Madrid de Felipe II, por <i>José Antonio Martínez Bara</i>	67
El proceso de Carranza: Algunas consideraciones, por <i>Manuel Fernández Alvarez</i>	77
Recepción madrileña de la reina Margarita de Austria, por <i>Eloy Benito Ruano</i>	85
Anales de la construcción del Buen Retiro, por <i>José María Azcárate</i>	99
El Madrid y los madrileños del siglo xvii según los visitantes ingleses de la época, por <i>Patricia Shaw Fairman</i>	137
Madrid en la vida y obra de Pedro Liñán, por <i>Maximino Marcos Alvarez</i>	147
Ediciones olvidadas del teatro de Tirso de Molina, por <i>Fray Manuel Penedo Rey (O. de M.)</i>	161
Noticias de impresores y libreros madrileños de los siglos xvi y xvii, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	169
Músicos madrileños y músicos madrileñizados. (Páginas históricas), por <i>José Subirá</i>	209
El Madrid de Carlos III en las cartas del marqués de San Leonardo, por <i>José Cepeda Adán</i>	219
Bodas reales bicentenarias en Madrid, por <i>Florentino Zamora</i>	231
El Puente de Viveros. (Accesos de Madrid en el siglo xviii), por <i>M.^a del Carmen Pescador del Hoyo</i>	253

Fuentes para el conocimiento histórico-geográfico de algunos pueblos de la provincia de Madrid en el último cuarto del siglo XVIII, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	263
«El Duende crítico de Madrid» en el siglo XVIII, por <i>Isidoro Montiel</i>	279
Contratiempos lírico-teatrales madrileños, por <i>Nicolás Álvarez Solar-Quintes</i>	297
Acerca de un supuesto madrileño: don Pedro de Estala, por <i>Jorge Demerson</i>	309
El Catastro en la provincia de Madrid durante el pasado siglo, por <i>José Gómez Pérez</i>	315
Apostillas al homenaje de la Real Academia Española a Lope de Vega en 1862, por <i>Ramón Esquer Torres</i>	327
Fiestas madrileñas del Centenario del Descubrimiento de América, por <i>José del Corral</i>	335
Notas para el estudio del habla en Madrid y su provincia, por <i>Antonio Quilis</i>	365
La prensa madrileña como tema de investigación universitaria, por <i>Leonardo Romero Tobar</i>	373
Pasado, presente y futuro de la red de caminos de la Excelentísima Diputación Provincial de Madrid, por <i>Ángel Torres Ossorio</i>	379
El Museo del Monasterio de la Encarnación, por <i>Paulina Junquera</i>	385
La nueva estructuración parroquial de Madrid, por <i>Jacinto Rodríguez Osuna</i>	391
El problema de la circulación en Madrid, por <i>Antonio Valdés y González Roldán</i>	405
Índices estadísticos de nuestro Madrid y su evolución contemporánea, por <i>Ricardo Vilalta Fargas</i>	413
Planes municipales en Educación y Cultura, por <i>Antonio Aparisi</i>	423

MEMORIAS Y RECUERDOS

Las tertulias médicas de antaño: Cajal en los cafés madrileños, por <i>José Álvarez-Sierra</i>	433
Los saloncillos de autores, por <i>Federico Romero</i>	443
Mis primeros recuerdos madrileños, por <i>Federico Carlos Sainz de Robles</i>	455
Azorín, años atrás. (Unas cuartillas inéditas del Maestro), por <i>Mariano Sánchez de Palacios</i>	467

MATERIALES DE TRABAJO

Catálogo de manuscritos madrileños que se conservan en el British Museum, por <i>Francisco Aguilar Piñal</i>	475
Nómina de escritores naturales de Madrid y su provincia (siglos XV-XVIII), por <i>José Simón Díaz</i>	501

LOS SALONCILLOS DE AUTORES

Por FEDERICO ROMERO

He aquí una institución desaparecida de los teatros de Madrid, trasunto bajo techado de los clásicos mentideros, si bien algunos cuentan aún con el local donde aquélla tenía su sede.

¿Qué era el saloncillo de autores? Joaquín Alvarez Quintero escribía, sin firmar, en una revista titulada *Saloncillo*, de la que se publicó un número único, el 22 de noviembre de 1934: «El saloncillo de autores de un teatro no es ni más ni menos que un rincón de él, donde los de la casa discurren con la farándula, de la casa también, naturalmente, que a su vez descansan charlando, entre escena y escena, de la cotidiana labor.» Digamos nosotros de pasada cuán lamentable fue que aquella publicación, cuyos ejemplares son raros, no prevaleciese. Denota, en su primero y último número, excelentísimo plan de revista hebdomadaria de varia lectura, sin desbordar su tema teatral específico, amena e instructiva para el lector de su época y, en lo porvenir, para la pequeña historia, célula de la historia grande.

El saloncillo de autores, sobria y certeramente definido por el menor de los Quintero, tuvo su antecedente ilustre en «El Parnasillo», tertulia formada en el Café del Príncipe, anejo al teatro del mismo nombre. Asistentes significados: Larra, Espronceda, Mesonero Romanos —en cuyas *Memorias de un setentón* dedica algunas páginas a este «presaloncillo» de autores—, Ventura de la Vega, Carnerero —director de la *Revista Española*, en la que estrenó «Fígaro» ese quinto de sus seudónimos—, Pezuela, Hartzenbusch, el pintor Carderera y Antonio García Gutiérrez, llegado de su patria chica con el bagaje de sus primeras creaciones que, leídas por Espronceda y Larra, le valieron su admisión en el corro. Todos ellos, y algunos más, bajo la generosa capitania de Juan Grimaldi, empresario del coliseo vecino y el de la Cruz, simultáneamente; convidador de los poetas que, alguna noche, acudían sin blanca. Las

primeras figuras masculinas de la compañía se incorporaban al «charlamente» breves instantes y apuraban el caracolillo antes o después de su actuación o permanecían allí cuando en la comedia no tenían intervención.

Nota curiosa: al Parnasillo, no asistía Bretón de los Herreros, aunque había estrenado sinnúmero de adaptaciones del teatro francés y algunas comedias propias de las más celebradas. Dícese que, por su fecundidad extremada y sus triunfos, se había ganado enemigos que enfurruñaron el carácter del autor, cómico en las producciones originales y no desdeñoso de dramas y melodramas en sus incursiones por la escena foránea. Es chocante su ausencia. «Figaro», el exigente, el maldiciente de la reunión, le elogiaba en sus críticas de *Un tercero en discordia* y *Un novio para la niña*, ésta con reparos, y aludía con mucho encomio a la *Marcela*, obra estrenada en 1831, ausente de Madrid el crítico, quien proclamaba su amistad con el poeta riojano.

Carlos Latorre, el trágico de la voz potente y la escuela maiqueziana, era punto fuerte en «El Parnasillo», antes de trasladarse al teatro de la Cruz, donde malogró el éxito del *Don Juan Tenorio* zorrillesco, quizá por exceso de facultades, poco apropiadas para el lirismo musical del célebre drama. Antonio Guzmán, gracioso del Príncipe, concurría al café y exigió que se revelara García Gutiérrez con *El trovador*, en el beneficio de aquel sensible artista... que no tenía papel en el romántico drama.

No fue asiduo Angel Saavedra, duque de Rivas, pero no dejaría de saborear el éxito inmenso de su *Don Alvaro* consumiendo algún vaso de café con leche en «El Parnasillo». Suponemos presente a Martínez de la Rosa en sus noches de estreno, pese a que la política le robaba horas de esparcimiento.

Desapareció el sórdido y cochambroso café, en una reforma del teatro, y «El Parnasillo» quedó disuelto.

En 1855, Manuel Catalina, elegante primer actor y empresario del coliseo, ya denominado teatro Español desde 1849, por obra y gracia del conde de San Luis —tiránico gobernante, pero amigo de escritores, poetas, comediógrafos y artistas—, fundó el Saloncillo, primero de la Villa y Corte, en un pequeño gabinete situado en la planta principal de las dependencias, a la izquierda de la escalera de acceso, y allí permaneció hasta la gran reforma y ampliación que llevó a cabo el Municipio, desde abril de 1925 a enero del 29, mediante la adquisición de las casas colindantes en las calles de Echegaray y Manuel Fernández y González, Lobo y Visitación, en los antiguos callejeros.

El saloncillo se convirtió en salón, con dos balcones a la calle de Echegaray, amplio, señorial y exornado con una sillería de tono. La colección de retratos al óleo de autores y actores famosos de la casa comenzó a formarse para adornar el pequeño saloncillo antiguo y fue continuada hasta desbordar el

salón nuevo y cubrir los paramentos del gran rellano de la escalera, amplio vestíbulo de la dirección, los camarines y el salón consabido.

En sus dos etapas y en sus distintas épocas, hicieron tertulia en el ilustre saloncillo del Español, los autores Tamayo y Baus, Gil de Zárate, José Zorrilla, López de Ayala, Fernández y González, Antonio Hurtado, Luis de Eguílaz, Rodríguez Rubí, Narciso Serra, Luis de Olona, Francisco Camprodón, Núñez de Arce, Campoamor, Luis Mariano de Larra, Marcos Zapata, José y Miguel Echegaray, Enrique Gaspar, Ramos Carrión, Angel Guimerá, Joaquín Dicenta, Pérez Galdós, Benavente, los Alvarez Quintero, Francisco Acebal, López Pinillos, Cristóbal de Castro, López Alarcón y tantos más que en el Español estrenaron varias de sus obras. Desde que la Guerrero se trasladó del teatro de la Comedia al Español, «el sillón de don José» (Echegaray) era a manera de silla curul que nadie ocupaba aunque el dramaturgo se encontrara ausente.

Con los autores alternaron, amén del citado Catalina, los actores Julián Romea, Pedro Delgado —resurrector del «Tenorio» en 1860—, José Valero, Mariano Fernández, Antonio Vico, Rafael y Ricardo Calvo, Ricardito —hijo de Rafael—, Paco Fuentes y Enrique Borrás, por sólo aludir a primeras figuras de representantes, en cuya lista algunos escapan a nuestra memoria, si bien no olvidaremos a Fernando Díaz de Mendoza que, en sus diversas temporadas del Español, antes y después de posesionarse del teatro de la Princesa, hacía los honores, con proceroso talante de gran señor, a los autores. En todos los saloncillos estaban excluidas las actrices que, por fuero de galantería, eran visitadas por los comediógrafos en sus respectivos camarines cuando no había cambio de vestimenta. Excepción, la de María Guerrero que acompañaba a su esposo en la presidencia del estrado.

Por orden cronológico, nos incumbe rememorar el saloncillo del teatro de la Zarzuela, inaugurado en 1856. Nunca mejor aplicada la designación de saloncillo de autores. Autores fueron los iniciadores de la construcción del «coliseo de la calle de Jovellanos», tópico nombre: Barbieri, Gaztambide y Olona con la colaboración del cantante Francisco Salas, financiados los cuatro, con una especie de pacto de retro, por el banquero Rivas, titulado marqués de Mudela desde 1867. Nos referimos al primitivo teatro que se incendió en el otoño de 1909. El saloncillo estaba emplazado en lugar distinto del que ocupó después de reconstruido el inmueble. Lindaba el antiguo con el costado derecho de la sala y era una hermosa habitación de paso rodeada por los camarines de los artistas importantes.

No siempre se cultivó en la Zarzuela el género lírico español. Por ello, en la nómina de habituales al saloncillo, figuraron, en diferentes épocas, compositores, libretistas y autores dramáticos. Además de los tres fundadores, he-

mos de recordar a los maestros Oudrid, Arrieta, Fernández Caballero, Ruperto Chapí, Tomás Bretón, Manuel Nieto, Gerónimo Giménez —que así firmaba con dos impropias ges—, Amadeo Vives, José Serrano, Tomás Barreira, Rafael Calleja y Vicente Lleó; a los libretistas, Camprodón, Eguílaz, Ramos Carrión, Luis Mariano de Larra, José Picón, Mariano Pina y Domínguez, Julianito Romea —sobrino del meritísimo Don Julián I, cuyo Don le fue otorgado por Real Orden—, Miguel Echegaray, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, José López Silva, Carlos Fernández Shaw, Ricardo de la Vega —que se dio a conocer en la Zarzuela con su primera obra, *Frasquito*—, Cadenas, Asensio Más, Fernández de la Puente —hijo del maestro Caballero—, ... y los dramaturgos Tamayo y Baus, que a este teatro dio el estreno de *Un drama nuevo*, de éxito memorable, y Leopoldo Cano, cuya obra *La Pasionaria*, melodramática sin atenuantes, con tremendos latiguillos ruidosamente celebrados por el público popular, año tras año y en difentes escenarios de España y América, nació a la luz de la batería de la Zarzuela.

Cantantes de gran relevancia y extrema popularidad: el mentado Salas, los tenores Manuel Sanz, Eduardo Berges, Lorenzo Simonetti, Ubeda, Figuerola y Gandía; los barítonos Obregón, Ferrer, Leoti, Sigler, Bueso, Gil Rey y Rufart; los bajos Miguel Soler, Belza, Banquells, Subirá, Jimeno, Valentín González y Paco Meana; los primeros actores Arderius, Caltañazor, Julianito Romea, antes citado como autor, José Moncayo, Pinedo, Orejón, Ricardo Güell, Enrique Gil; los tenores cómicos Ramón de la Guerra, Tormo, Castro (padre), Antonio González «Chavito», Hilario Vera... Todos fueron contertulios de los autores de la casa.

En aquel primitivo saloncillo de la Zarzuela, surgió la colaboración de los Álvarez Quintero y el joven compositor Pepe Serrano. Este vino de Sueca ansioso de darse a conocer. Acudía allá donde podía encontrar quien le echase una mano protectora. El maestro Caballero, empresario, le aceptó una romanza para que la cantase en su beneficio Lucrecia Arana, diva excepcional del género. Dirigía Caballero la orquesta. La canción fue acogida con sostenido aplauso. Caballero volvióse cara al público en actitud reverente de hombre agradecido. El músico novel se quedó entre bastidores en espera de que alguien le sacase al proscenio. Y lloró. Después de su pequeño primer triunfo, seguía inédito. Los saineteros andaluces —entonces no eran más que saineteros—, espectadores del lamentable episodio y siempre caballerosos, entregaron al compositor defraudado un entremés, *El motete*, lo llevaron al teatro de Apolo, una vez compuesta la breve partitura de tres números, y Serrano paladeó las mieles del éxito antes de que el telón se levantara. El preludio, una briosa marcha militar, luego repetida como fondo musical de

la última escena, mereció una ovación unánime, estruendosa, y fue pieza obligada en los desfiles de los regimientos durante varios años.

Reconstruido el teatro de la Zarzuela en 1913, al saloncillo se le reservó una hermosa estancia del piso principal, distante de los camarines de los intérpretes primeros en la planta baja. Los autores eludieron allí la tertulia e iban de cuarto en cuarto a charlar con sus compañeros y con los artistas relevantes. Ni siquiera en las noches de estreno recibían los parabienes amistosos en el saloncillo, que se destinó a sala de ensayos parciales.

En 1873, se erige el teatro de Apolo. Su buen saloncillo, en sus primeros años, lleva una vida tristona. Lo inaugura asimismo Manuel Catalina que pronto abandona el local. Don José Echegaray hace sus primeras armas en este teatro con *El libro talonario*, pero es ministro de Hacienda, adopta un discreto seudónimo-anagrama y no acude al saloncillo. Se estrena con enorme éxito *El nudo gordiano*, de Eugenio Sellés. Mas ¡ay! Apolo se halla en la periferia de la Villa y Corte. Los negocios son poco fructíferos y los autores no frecuentan la tertulia salonera. «¡Está Apolo tan lejos!...» ¡Quién diría que, si hoy existiera, lindante con el templo de San José, desde la entrada de su pórtico hasta el límite de Madrid, por levante, se medirían siete kilómetros y pico!

Ello es que el precioso teatro no alcanzó los favores del público hasta que lo arrendó Felipe Ducazcal para seguir explotando el filón de *La Gran Vía*, que había estrenado en el estío de 1886 y en su teatro Felipe. Desde entonces a la fecha de la demolición en 1929, Apolo fue el coliseo más favorecido por la afición a la zarzuela chica y grande. Claro es que Salamanca, al crear «su» barrio, impulsó el engrandecimiento de la ciudad y sus seguidores lo consumieron. Apolo ya no estaba en el borde periférico de Madrid. Y hubo música a todo pasto con libretos de diversa índole: zarzuela pura, sainete y jugueteón. A Ducazcal, sucedieron los empresarios Arregui y Aruej y, a éstos, Chicote y Vila. Los hermanos Velasco, en 1922, adquirieron la propiedad, luego recobrada por los dueños de siempre, y reformaron los accesos por la calle de Alcalá y ciertas dependencias, creando el café Savoia al costado, suplantador del saloncillo en buena parte de la concurrencia. Con la reforma, el saloncillo, antaño sito a la izquierda del escenario, se instaló a la derecha en las inmediaciones de los camarines con categoría.

Trazar el copiosísimo censo de los asiduos al saloncillo de Apolo, en su brillante período, equivaldría a agotar el espacio concedido a este trivial artículo. Señalaremos, en un resumen breve, a los significados y a los fieles: los compositores Chueca, Giménez, Caballero, Bretón, Chapí, Vives, Serrano, Torregrosa, Valverde, Calleja, Lleó y Luna; los libretistas Felipe Pérez y Gon-

zález, Javier de Burgos, Miguel Echegaray, Ricardo de la Vega, Ramos Carrión, López Silva, Fernández Shaw, Alvarez Quintero, Arniches, Paso, García Alvarez, Borrás... y el firmante, por si a Clío se le olvida; los artistas Mesejo (padre e hijo), Julio Ruiz, Manini, Manolo Rodríguez, Soler, Carreras, Moncayo, Orejón, Ruiz de Arana, Reforzo, Ontiveros, Alarcón, Videgain, García Valero, Mihura, Manzano, Rufart, Jesús Navarro, Palacios... y siguen las firmas, con demanda de perdón si nuestra memoria ha enflaquecido y cae en omisiones deplorables.

Cuando pisamos por primera vez aquel saloncillo, la salsa de la reunión era el enunciado de chistes, retruécanos y colmos por el maestro Calleja, todos de su invención, rabiosamente protestados, con indignación digna de mayores motivos, por el gran sainetero Ricardo de la Vega, enemigo jurado de las distorsiones idiomáticas y patriarca de la reunión.

Repetiremos, y nunca más, que a los saloncillos no asistían las actrices ni las tiples.

Al edificarse el teatro de la Comedia, en 1875, no se olvidó el arquitecto del saloncillo, junto al escenario en el lado de arroyes, pero sí de los camarines. Creía el ingenuo alarife que los artistas llegaban de su mansión vestidos y caracterizados. La empresa hubo de alquilar, y en tiempos ya modernos adquirir, la casa contigua y trasera para resolver el alojamiento de actrices y actores.

Este saloncillo es discretamente amplio. A él concurrieron los escritores Enrique Gaspar, Eugenio Sellés, Ramos Carrión, Vital Aza, Eusebio Blasco, los Echegaray, Pérez Galdós, Emilio Mario (hijo), Dicenta, Benavente —durante muchísimos años—, los hermanos Alvarez Quintero, Francos Rodríguez, González Llana —expertos adaptadores estos dos—, Linares Rivas, Paso, Abati, Reparaz y, en suma, todos los acreditados proveedores de obras dramáticas, cómicas y traducciones de uno u otro géneros teatrales.

El gran actor y excelentísimo director escénico Emilio Mario (padre) regentó el Comedia durante largo período y, atento a los diversos matices del arte de Talía, abría la temporada con una comedia clásica, frecuentaba la de costumbres con preferencia, pero acogió también con entusiasmo el drama y la comedia trascendental. Prueban este aserto: *Realidad*, *La loca de la casa* y *La de San Quintín*, de Galdós; *Mariana*, de Echegaray, *Juan José*, de Dicenta, dando lugar a que en el saloncillo aparecieran, en los entre actos, el atuendo popular del albañil pasional, el traje del chulillo y el uniforme del presidiario, insólita indumentaria en aquel ambiente. Dobló Mario también la importante baza de haber creído en Jacinto Benavente cuando solo era «el hijo del famoso doctor Benavente».

Con los autores habituales, alternaron en la cháchara cómicos de alto relieve: Miguel Cepillo, García Ortega, Thuillier, Balaguer, Pepe Santiago, Vallés, Morano, Tallaví, José Rubio, Mora, Mata, Sepúlveda... Y mención especialísima debemos a los famosísimos comediantes italianos Novelli y Zacconi que hicieron repetidas campañas primaverales, siempre atendidos por escritores dramáticos de la época, periodistas y aficionados.

Después de la reconstrucción del teatro, que también se incendió en 1915, consolidó su fama y su asistencia a la tertulia Pedro Muñoz Seca, con su frecuente colaborador Pedro Pérez Fernández, y brillaron en las reuniones Juan Bonafé, Pedro Zorrilla, Manuel González, Valeriano León, Espantaleón y Asquerino, todos ellos actores de punta y rejoy, aunque el saloncillo languideció al formarse peñas de autores en «El Gato Negro», café abierto en la planta baja por don Tirso Escudero, propietario del edificio y del café y aglutinante de tales mentideros de escritores y representantes. El saloncillo vino a ser, desde entonces, capilla del autor que estrenaba, impaciente y angustiado como reo de muerte.

El saloncillo de Madrid ilustre sobre todos fue el del teatro de la Princesa, ahora María Guerrero, por los años en que lo explotaban —o viceversa— la eminentísima actriz, que hoy honra con su nombre al coliseo, y su aristocrático esposo, Fernando Díaz de Mendoza. Ilustre por el tono de la tertulia, que encabezaban doña María y don Fernando, por la calidad de los autores de la casa, por la asistencia de «lo mejor de Madrid», según se decía entonces. Al estrado concurrían, además de los autores y artistas del «elenco», nobles caballeros titulados, pintores de fama, escultores insignes, escritores no teatrales, periodistas de «primo cartello». Los autores se llamaban José Echegaray, Pérez Galdós, Jacinto Benavente, Eduardo Marquina —canónigo magistral de aquel cabildo por su conversación animada y elocuente—, Angel Guimerá cuando de Barcelona venía a sus estrenos, Manuel Linares Rivas, Francisco Villaespesa, Luis Fernández Ardavín, Pedro Muñoz Seca, Rafael López de Haro... Los actores, Emilio Thuillier, Ernesto Vilches, Francisco Palanca, Mariano Díaz de Mendoza, Julio Cirera, Felipe Carsí, Medrano, Vargas..., muchos de ellos, permanentes elementos de la formación durante luengos años. Capitaneaba a los aristócratas numerosos, el duque de Tamames, que, de su palacio, trasladaba a la escena sus muebles de estilo si la obra representada lo requería. Y puede decirse que de ese saloncillo salía a la calle el anuncio veraz de las crisis políticas, la noticia de los futuros enlaces en la buena sociedad, la profecía de acaecimientos que estaban por venir, siempre con seriedad absoluta y con rigurosa certidumbre.

También son dignas de recordación las reuniones del saloncillo en las tem-

poradas múltiples de María Tubau y las esporádicas de Carmen Cobeña y Paco Morano, el actor quizá más completo de nuestro siglo XX, nada afortunado en sus empresas teatrales de Madrid, como cabo de compañía.

El teatro de Lara, abierto en 1880 por don Cándido, cuyo apellido le da nombre a aquél, empresario hasta su muerte, solo o con la asociación de don Eduardo Yáñez, tuvo su saloncillo interesante. El aposento se conserva intacto, pero ya escribimos que, en éste y en los demás teatros de Madrid, desde hace «mil años», las tertulias se constituyen en los cuartos de los artistas.

Don Cándido fue uno de tantos nuevos ricos, merced a su intuición para los negocios, valientes y cautelosos, a ratos, que contribuyeron en gran medida al exorno arquitectónico de Madrid, en el siglo XIX, y al fomento de los teatros, de los cafés y de otros lugares de esparcimiento. Lara creó, en principio, un coliseo para el género cómico por secciones. Más adelante, sin renunciar a su programa, hizo representar piezas en dos actos, pero las secciones subsistían. Se anunciaba a las diez el título de la obra, representándose tan sólo el acto primero. A las once y cuarto, «segundo acto de la misma». Ya en el siglo presente y en los tiempos de Yáñez, Lara subió de tono y, a los sainetes y juguetes cómicos, sucedieron comedias de calidad y sustancia: *Los malhechores del bien*, *Los intereses creados*, *La losa de los sueños*, *Como hormigas*, *Cobardías*, *Canción de cuna*... Por cierto que, contra lo que se ha declarado muy «a posteriori», se estrenó *Los intereses creados*, obra no vestida con trajes de calle o de sociedad, a condición de que cada artista se costeara el de su personaje. Al rebasarse el centenar de representaciones, cifra excepcional a la sazón, la empresa encargó nuevo vestuario por su cuenta. Y desde aquel día, no hubo objeción, por ejemplo, a los hábitos monjiles de *Canción de cuna*.

El saloncillo de Lara se encuentra a la izquierda del primer pasillo interno, si se entra por el vestíbulo del teatro. En él tomaron asiento los ases del género cómico: Ramos Carrión, Vital Aza, Pina Domínguez, Ricardo de la Vega, José Estremera, Miguel Echegaray, Tomás Luceño, los Quintero —antes y después de su elevación de saineteros a comediógrafos— y, luego, Benavente, Linares Rivas, Martínez Sierra, Ramos Martín, Insúa, Hernández Catá... No olvidemos a Flores García, varias temporadas director artístico para la admisión de obras, dimitido al estrenarse con éxito en otro teatro un sainete de los Quintero rechazado antes por aquél, ni a Tomás Alenza, administrador de la empresa y autor de las «inocentadas» escritas para el 28 de diciembre, con música del maestro Moreno Ballesteros, director de la pequeña

orquesta que amenizaba los entreactos. Ciertos años, tales obras leves y paródicas seguían en cartel semanas y aun meses.

El rol de actores concurrentes, incalculable y multicolor: Antonio Riquelme, Ricardo Zamacois, Miguel Rosell, Julianito Romea, Pepe Santiago, Manolo Rodríguez, Francisco Morano, José Rubio, Pepe Calle, Simó Raso, Ricardo Puga, Francisco Barraycoa, Emilio Thuiller, Pepe Isbert, Ramón Peña, Soler Marí, Antoñito Vico... Considérese que los citamos, aproximadamente, por orden cronológico, sin atender a sus categorías, y que no mencionamos sino a los que se lucieron en aquel escenario antes de disolverse la institución del saloncillo.

Buena culpa de que desapareciera tal institución cabe a los arquitectos o a los promotores de los nuevos coliseos, planeados con el avaro designio de aprovechar los espacios o de sacar partido práctico a unos solares chiquitos. Así, el Reina Victoria, el Calderón —antes, Odeón y del Centro—, el Alcázar, el Infanta Isabel, el Beatriz, el Rey Alfonso —hoy, Arniches— y los modernísimos Marquina, Bellas Artes, Valle Inclán y Club carecen de saloncillo, ni falta les hace porque el hábito de la tertulia se había perdido mucho antes de su edificación.

Excepción digna de nota, el desaparecido Fontalba, víctima como otros más de un establecimiento bancario. Su dueño, el marqués de ese título, dotó a su teatro de un saloncillo espléndido. Su asociado, Tirso Escudero, encargó sendas obras a los autores de mayor prestigio: Benavente, Marquina, Linares Rivas, Arniches, Muñoz Seca... Quiso la desventura que todas ellas fracasaran u obtuvieran un «succès d'estime», aplausos sin eco en la taquilla. La gente farandulera dedicó a ese hermosísimo local un mote que hizo fortuna: «el panteón de hombres ilustres». Y como quiera que, entonces y siempre, a los saloncillos sólo concurrían los autores de éxito en cartel o comedia en ensayo o en espera de turno, el del Fontalba apenas consiguió arraigo.

El Cómico, antiguo Capellanes, fundado como salón de baile, con un tabladillo para espectáculos de variedades donde hizo furor el cancan, escándalo de las madres de familia y de los padres fariseos que lo gustaban a hurtadillas, sí tuvo saloncillo después de convertido en teatro. Poca ventura lograron las diversas compañías «de verso» cuando el local llevaba el título de Teatro Nuevo antes de adoptar el nombre actual. En cambio, Loreto Prado y Enrique Chicote, ya rebautizado el coliseo, alcanzaron en él sus mayores triunfos, tan duraderos con la misma obra que, al saloncillo, acudían pocos autores: los de éxito en cartel y algunos fieles amigos de Chicote, quien usaba un camarín inmediato y presidía la reunión al salir del escenario, mientras

no le llamaba el traspunte, y al término de la función hasta que le requería Loreto para ir a su tertulia del café de Lisboa.

Arniches, Jackson Veyán, García Alvarez, Luis de Larra, Paso, Perrín, Palacios, Ramos Martín y Luis de Vargas fueron los autores más asiduos en la provisión de zarzuelitas, sainetes y comedias. Los compositores: Chapí, Cabañero, Giménez, Quinito Valverde, Pepe Serrano, Quisilant y Badía. Rara vez aparecían por el saloncillo los actores, a excepción de Carmelo Bermúdez, ayudante de Chicote en la faena de vestirse y desnudarse, y hombre especializado en la perfecta imitación de ladridos, maullidos, rugidos, rebuznos y relinchos internos. Hoy se dice «en off», invadido el idioma por tanto voquible extranjero, invasión de la que nadie nos libramos.

De propósito quedó para el final un teatro que nunca tuvo saloncillo, pero se le debe recordar porque, en los años del 1913 al 30, si salvamos ausencias por grandes excursiones a América, lo pilotó Gregorio Martínez Sierra y el papel del saloncillo era representado por el despacho de la dirección.

El Eslava nació Salón, como el mencionado Capellanes. Café cantante sin «tablao» flamenco. Sí con tarima de canto y danza de «music-hall» y baile público. Eslava y Capellanes, parodias de los establecimientos franceses de frívola diversión, constituyen el antecedente lejano de las «salas de fiestas» actuales. Semillas lanzadas al viento que, transcurridos más de ochenta años, germinaron... ¡de qué manera!

Ceñidos al tema de este artículo —el saloncillo—, dejamos aparte la historia de la transformación del Salón Eslava en teatro y sus campañas brillantísimas de género chico, centrando la atención en el despacho de Martínez Sierra, no saloncillo en local adrede, sí saloncillo como tertulia de autores, escenógrafos, figurinistas e intelectuales amigos, en torno al director extraordinario que fue Gregorio.

El contaba con su exquisita sensibilidad, su vocación enorme y su poder suasorio sutil y penetrante. Tomás Borrás dedicó un libro entero, titulado *Un teatro de arte*, a glosar y apostillar las actividades magníficas de aquel precursor, en España, de los buenos directores que hoy proliferan, con mayores o menores merecimientos. Comediógrafo notable, no limitó sus experiencia al género en que fue maestro. En su escenario, diéronse a luz «ballets», como *El sapo enamorado*, de Pablo Luna, y *El corregidor y la molinera*, ampliado más tarde por Manuel de Falla para Diaghilev con los títulos de *El tricornio*, en el extranjero, y *El sombrero de tres picos*, en España; estrenó la primera obra teatral, con poca fortuna, de Federico García Lorca: *El maleficio de la mariposa*, no editada ni en su «opera omnia» y rechazada porque el público hizo ascos a las curianas, personajes de relieve en la farsa; acogió

a los autores de todos los géneros, cupleteros inclusive interpretados por las primeras estrellas del momento; presentó los espectáculos con esplendidez y buen gusto ejemplares.

Por el despacho-saloncillo de Martínez Sierra, pasaron y en él hicieron tertulia, con el señor de la casa, desde el poeta Marquina y los autores antedichos hasta el gran sainetero Carlos Arniches, que consiguió en el Eslava logros considerables, sin omitir a los Quintero, Sassone, Borrás, Manolo Abril, Honorio Maura... y menos a los artistas plásticos Fontanals, Burman y Barradas, fecundos colaboradores de Gregorio en su renovación de la postura escénica, tras unos coloquios creacionales de los que salieron muchas y buenas realizaciones.

A los viejos faranduleros, la disolución de los saloncillos nos trae al sensorio una punzante nostalgia.